

WITTING, MONIQUE. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Tr. Javier Sáez y Paco Vidarte. Madrid: Egales, 2006.

El pensamiento heterosexual, de Monique Wittig, se publica en Boston en 1992, y es hasta el año 2006 que se hace la traducción al castellano en Madrid por parte de la editorial Egales. El libro devela una beligerancia que busca deconstruir el patriarcado y reformular las teorías feministas a partir del lesbianismo radical. Es importante señalar que el libro mantiene la postura activista que ha caracterizado a la autora. Dicho libro se compone de una introducción y nueve ensayos que fácilmente pueden perturbar a un lector con parámetros heteronormativos.¹

Wittig se basa en conceptos como “feminismo materialista” y “lesbianismo radical” para construir una crítica sobre lo “establecido”, lo “normal”, todo aquello que se inclina y contiene de trasfondo una sexualidad dominante que se manifiesta en conductas o hechos sociales, culturales, políticos, económicos, etcétera. De esta manera la autora cuestiona la heterosexualidad “no ya concebida como sexualidad, sino como un régimen político” (10), por lo que se devela la heterosexualidad dominante como una idea que no se ha trabajado desde el poder que contiene dicha sexualidad.

Cuando, en este tipo de estudios, se habla de “sexo” como término se suele partir de rasgos biológicos manifestados en actos culturales, modificando la concepción sobre el individuo, la sociedad y la especie. En contraste con el concepto de “sexo”, la autora aún no cree pertinente mencionar el término “género”, puesto que la misma crítica describe dicho término como impreciso ya que “en-

¹ Entendido este concepto como las normas que rigen y regulan a la sociedad, las cuales están estrechamente vinculadas con la sexualidad dominante en la sociedad, la heterosexualidad.

“mascara u oculta las relaciones de opresión” (13). Por tal motivo retoma la idea de “sexo”, cuya definición se limita a las características físicas y tiene como punto de referencia a lo biológico para proyectarse a una cuestión cultural, que va más allá de esta definición. Tal idea se institucionaliza en la(s) cultura(s) con base en un supuesto poder que remite a la idea biológica de “sexo”. La proyección del término en cuestión altera, como se dijo en un principio, las representaciones sociales preestablecidas, ya que el orden social rige a partir del signo (sexo). Así lo refiere en el prólogo Louise Turcotte:

Los sexos (el género), la diferencia entre los sexos, hombre, mujer, raza, negro, blanco, naturaleza, están en el núcleo del conjunto de parámetros [del pensamiento heterosexual]. Ellos han formado nuestros conceptos, nuestras leyes, nuestras instituciones, nuestra historia, nuestras culturas. (14)

El libro está dividido en dos partes: la primera aborda los temas antes mencionados pero enfocados de manera general en la “mujer”; conforme avanza el lector en la obra puede notar que a partir de conceptos como “mujer” se enfoca en una idea más específica, a partir de dicha sexualidad, como es la idea de “lesbiana”; esto se da por una cuestión estratégica como una manera extrema de delinear al patriarcado en su máxima expresión y desde los intereses (políticos) de la propia autora. Los ensayos en esta primera parte son “La categoría de sexo”, “No se nace mujer”, “El pensamiento heterosexual”, “A propósito del contrato social” y “*Homo Sum*”. En esta serie de artículos, Wittig se inserta en lo que ella misma denominó “lesbianismo materialista” y es abordado desde una discusión política a partir del concepto que Karl Marx desarrolla sobre el materialismo. Es de esta manera que describe a la heterosexualidad “no como una institución sino como un régimen político que se basa en la sumisión y la apropiación de las mujeres” (15). De este modo, lo hegemónico contiene pensamientos y acciones de la clase dominante que repudian la idea de un “otro” diferente a lo “habitual”.

Ante la dominación hegemónica, la autora, hace una analogía con la teoría marxista, ya que la fuerza material es la fuerza intelectualmente dominante. La clase minoritaria no pertenece a esta esfera política, económica y cultural como es el caso del heterosexismo compulsivo.

En la introducción, la autora parte de su punto de vista para entender epistemológicamente la problemática del estudio “feminista o lésbico materialista” al analizar la política, la filosofía, la antropología, la historia y las culturas en la literatura. Por otra parte, se enfoca en la importancia que tiene la dialéctica como herramienta para formular la oposición de hombres y mujeres, en términos de clase de género.

El primer ensayo, “La categoría de sexo”, muestra el “sexo” como una categoría política, deshace toda concepción biológica y plantea que las contradicciones en las luchas de clase se originan desde un orden material. Wittig menciona que “Ser asesinada y mutilada, ser torturada y maltratada física y mentalmente; ser violada, ser golpeada y ser forzada a casarse, éste es el destino de las mujeres. Y por supuesto no se puede cambiar al destino” (23). Mediante esta anotación, un tanto radical, acerca del destino de las mujeres, Wittig plantea al lector la importancia de involucrarse políticamente en la realidad. Propone “la categoría de sexo” como algo ya predispuesto por las fuerzas dominantes, tanto materiales como intelectuales. Menciona que no es un factor del “ser”, sino de las relaciones con el entorno, y concibe esta categoría como totalitaria ya que tiene sus herramientas atroces (inquisidores, justicia, tribunales, leyes, terrores, torturas, mutilaciones, ejecuciones, etc.) para medir y comprobar su existencia. Por lo anterior, se plantea destruir dichas categorías, al igual que la del “sexo”, para poder pensar realmente y fuera de cualquier prejuicio.

El siguiente apartado, “No se nace mujer”, se constituye a partir de la idea de Simone de Beauvoir respecto al concepto de “mujer”. Así, Monique Wittig lo replantea como una construcción cultural de la sociedad que no está determinada por algún factor biológico, psicológico o económico, idea que retomará Judith Butler en su libro *Gender trouble: Feminism and the Subversion of Identity* (1990). La

teórica francesa desmaterializa el concepto de “mujer” en el sentido de que se plantea como un signo y deshace el significante para trabajar a partir del significado, una especie de concepto idealista. Wittig deja ver que no hay lo que socialmente se puede llamar un cuerpo “natural”, pues la autora propone que la “deformación” de dicho cuerpo proviene de la manipulación opresora de un grupo determinado. La trasgresión de una mujer en su sexualidad (como la “perfecta *butch*”) significa liberación de una imposición cultural. De este modo, la autora sugiere destruir las categorías de “hombre” y “mujer”, puesto que implica una opresión de una condición ante la otra. Lo anterior no representa deshacernos de la identidad individual. Wittig propone el “lesbianismo” como un concepto libre ante dichas categorías, ya que “está más allá de las categorías de sexo (mujer/hombre), pues el sujeto designado (lesbiana) *no es* una mujer ni económicamente, ni políticamente, ni ideológicamente” (43), ya que “mujer” está constituida a partir de una relación social con un “hombre”; sin éste no existiría dicho concepto. De esta manera extrema, la autora crea un pensamiento provocador que propone, para una situación supuestamente ineluctable como es lo hegemónico, reorganizar teóricamente la sociedad a partir de categorías que deshagan las opresiones.

En el siguiente apartado, “El pensamiento heterosexual”, se conjunta una serie de asuntos políticos y económicos que se ha construido de manera “natural” a lo largo de la historia. Así, el tercer capítulo contiene la idea fija del “heterosexismo compulsivo”, como bien le llamaba David Foster. A partir de este ensayo gira la teoría de Wittig, ya que el “pensamiento heterosexual” se desarrolla en la sociedad desde ciertos rasgos que funcionan directa o indirectamente como sistemas de opresión en lo subalterno, desde lo cultural, social, político, económico y hasta en lo administrativo (en lo que respecta al cuerpo, como Butler lo desarrollara en los noventa). Es así que a través del lenguaje, el pensamiento dominante se constituye a partir del “otro”, por lo que “Estos discursos de heterosexualidad nos oprimen en la medida en que nos niegan toda posibilidad de hablar si no es en sus propios términos” (49). Así, parte de la diferencia de los sexos para construir un pensamiento cuya

base se encuentra en un dogma filosófico y político. Es por esta razón que la autora termina el apartado argumentando que “Las lesbianas no son mujeres” (57), debido a que “la mujer”, como concepto, no tiene sentido si no se basa en un sistema de pensamiento y sistemas económicos heterosexuales, como ya se mencionó anteriormente.

“A propósito del contrato social” es el cuarto ensayo del libro y en él la autora plantea una nueva visión de mundo, basada en la posibilidad de ir más allá del “pensamiento heterosexual”. Este ensayo también describe el lenguaje como un primer “contrato social” permanente y definitivo, ya que es un acuerdo (razonado) que envuelve a los seres humanos. Monique Wittig también explica el “contrato social” como parte de un convenio filosófico y político que se constituye a partir del individuo y del orden social, lo que implica que dentro del lenguaje se perciban ciertas características dominantes ante un “yo” y un “tú” marginal.

El último texto de esta primera parte es “*Homo Sum*” y habla sobre el futuro de la dialéctica y del pensamiento político. Inicia con una cita de Terencio, de la cual toma el título del ensayo: “Homo Sum; humani nihil a me alienum puto [Soy un hombre; nada de lo que es humano me es ajeno]” (73). A partir del epígrafe, la teórica francesa desarrolla la idea de lo humano desde una fuerza materialmente dominante, como son los hombres blancos, los propietarios de los medios de producción, los filósofos. Monique Wittig propone la idea de “lesbiana” como una cuestión que está filosóficamente más allá de las categorías de los sexos, por lo que tal concepto no entra en ninguna de las dicotomías de “hombre” y “mujer”. Así, plantea a partir de la dialéctica la situación cultural que presenta este tipo de grupos (como parte de la marginalidad con respecto al pensamiento dominante) por no encajar en ninguna dualidad.

Es por medio de la dialéctica que el pensamiento político ha sido estructurado, de ahí que se formen conceptos, leyes, instituciones, historia y cultura, ignorando el orden simbólico en el que dicho pensamiento participa, no precisamente dentro de las dualidades, pero sí dentro de los mismos órdenes políticos y económicos.

En cuanto a la segunda parte, como la misma teórica francesa dice en la introducción, la escritura tiene un peso importante al momento de servir como herramienta en procesos creativos con los temas mencionados. Los cuatro trabajos siguientes conforman la otra serie de ensayos: “El punto de vista: ¿universal o particular?”, “El caballo de Troya”, “La marca del género” y “El lugar de la acción”.

El primer trabajo cuestiona la idea de la “escritura femenina”, ya que ésta “supone un retroceso respecto a una corriente política comprometida desde hace mucho en el cuestionamiento de las categorías de sexo” (86). Al hablar de “escritura” y de lo “femenino” interviene la idea de “mujer”, y esto es sólo una construcción cultural. Mencionar la “escritura femenina” implica afirmar que las mujeres no pertenecen a la historia y por esa razón se “justifica” el crear dicha categoría de escritura. Por otro lado Wittig argumenta, con apoyo de lo propuesto por Natalie Sarraute, que el “género” es singular, pues sólo involucra a lo femenino, debido a que “lo masculino no es lo masculino sino lo general” (86), ya que cuando se utiliza el plural se hace uso de lo masculino. Con base en la idea de lo particular y lo general, con cada género respectivo, se descubre al sujeto en el discurso, siendo el “hombre” el dominante desde lo general. En este ensayo se plantea que un escritor puede alcanzar lo general (o universal) sólo desde lo particular. De la particularidad se plantea construir un lenguaje que contenga ciertas características de experimentación –como suprimir los géneros dentro del lenguaje pues “El género es el indicador lingüístico de la oposición política entre los sexos” (86).

El ensayo “El caballo de Troya” se desarrolló originalmente para un libro que fue publicado en 1999, *Le chantier littéraire*. En él plantea el uso del lenguaje como una posible herramienta de innovación para el escritor y retoma parte del asunto estudiado en el apartado anterior. Lo sustancial en este apartado es que se hace una analogía del caballo de Troya con el lenguaje en la literatura como estrategia de guerra. De esta forma Wittig propone destruir viejas construcciones convencionales a partir de innovaciones literarias. La autora vuelve a tomar el tema de la universalización, pero en

esta ocasión se detiene en elementos estructurales como la historia, los temas, los sujetos de la narración y la forma global de la obra, ya que de no ser precisos cualquiera de estos elementos puede diferir de la intención universal de la obra o transformarse en una máquina de guerra.

“La marca del género”, el tercer ensayo de esta segunda parte, plantea cómo el “género” es una seña lingüística de opresión en grupos marginados. La teórica parte de un estudio ontológico y el término “género” se adentra en el pensamiento filosófico/político. El “género” se construye desde una perspectiva de subalternidad con base en el “sexo” y en la idea del “ser”. En el lenguaje, el “género” se define a partir del pronombre personal. Monique Wittig, se apoya en los planteamientos de Émile Benveniste para observar que a través del lenguaje se marca al grupo y llega a sugerir la supresión de los pronombres, sobre todo en francés, su lengua materna. Los pronombres modificarían tanto su nivel léxico como su estructura y su funcionamiento, así como a nivel conceptual, filosófico/político.

El último ensayo se titula “El lugar de la acción” y se inspira en el lenguaje como “contrato social”; además aborda la interlocución, a partir de lo que ocurre alrededor de las personas cuando hablan (pausas, excesos, carencias, tonalidad, entonación), es decir, remite a la pragmática. Como un ejercicio, la autora aplica esta teoría a la obra de Nathalie Sarraute. El lector puede apreciar movimientos, causas, efectos y actores, elementos que funcionan como indicadores de una conducta pragmática. La interlocución, como Wittig le llama, cumple con la función del lenguaje de establecer distancias entre los interlocutores a partir de cada código individual.

En resumen, los nueve ensayos que contiene el libro reseñado utilizan afirmaciones provocativas, como “Las lesbianas no son mujeres”, “no se nace mujer”, entre otras, desde las que inicia una serie de cuestionamientos a la cultura del “heterosexismo compulsivo” (Foster), mediante un contradiscurso que se mueve entre lo teórico y lo político. La propuesta de Monique Wittig sigue siendo vigente a pesar de la fecha en la que se escribió, hace catorce años,

debido a que moviliza una teoría multidisciplinaria, que incluye sociología, literatura, lingüística, estudios culturales y desarrolla propuestas radicales y alternativas respecto a lo hegemónico.

José Jesús Burrola Vázquez
Universidad de Sonora